

La verdad

JULIÁN MARÍAS*

Vamos a empezar este curso de Fundes y quiero decir unas palabras acerca de su título, *Cambio de siglo*. Los siglos y los años cambian en continuidad; en el momento del cambio, normalmente se produce una pequeña variación casi imperceptible: hay cambios de agenda, buenos propósitos que al mes siguiente se han olvidado... y no pasa más. Pero esta vez no. Esta vez es distinto: el siglo no ha empezado hasta el 11 de Septiembre y, aunque por desgracia empezó muy mal, esto indica que ha habido un cambio sustancial en el mundo. Este siglo que está comenzando va a ser muy distinto del anterior; por lo pronto, ha sido peor, pero yo confío en que será mejor, porque esta enorme sacudida ha hecho que se empiecen de una manera nueva muchas cosas. Ese cambio, ese proceso que se inició en esa fecha, está completamente en activo, y creo que va a seguir estándolo bastante tiempo. Por eso, es la palabra “cambio” la que lleva un subrayado en el título del curso, porque no se trata

* De la Real Academia Española y de la de Bellas Artes. Presidente de FUNDES. Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, 1996.

sólo de un siglo nuevo, del siglo en que estamos, sino que la importancia reside justamente en el cambio.

En estos ciclos de conferencias, yo suelo dar la primera y la última; pero yo soy como el pan del sandwich: lo bueno viene dentro. En este curso van ustedes a asistir a una serie de visiones sobre la realidad que está empezando y que va a seguir durante un siglo; naturalmente, nosotros vamos a hablar de los comienzos, de lo que se anuncia, de lo que se puede prever, y creo que podremos alcanzar una visión que nos dé alguna luz sobre el futuro próximo, sobre el futuro inmediato.

Yo voy a hablar hoy de la verdad, que es un asunto por el que tengo pasión, al que he dado mil vueltas y sobre el que he escrito mucho. He encontrado que en un libro mío ya muy viejo, *Introducción a la filosofía*, dediqué un largo capítulo a la verdad y a todas las implicaciones de ésta, y hay un punto en él, que hoy quiero recordar, donde yo examinaba cuatro posibilidades o formas de relación del hombre con la verdad; naturalmente, estas formas afectan de modo diferente a las distintas épocas, en cierta medida a los distintos países e incluso también a distintos grupos sociales que no son un país entero.

Una de estas cuatro formas de relación del hombre con la verdad era la que yo llamaba “vivir en el ámbito de la verdad”, que se refiere principalmente al primero de los dos tipos de verdad que yo distinguía en este libro: uno, la verdad en que se está y, dos, la verdad a que se llega. Ambos tipos de verdad son muy distintos y tienen funciones vitales muy diferentes. La verdad en que se está es primariamente la verdad de las creencias, porque en una creencia se está, se vive la realidad desde esa convicción, aunque normalmente no se tenga conciencia ninguna, en principio, de ella. Hay épocas que viven justamente en un estado satisfactorio de creencias; que las creencias sean verdaderas o no es un problema secundario, se trata de que sean verdaderas creencias en el sentido de que sean verdaderamente creídas, en el sentido de que se esté realmente instalado en ellas. En las épocas y en los países en que esto ha sido posible, la vida ha sido satisfactoria: los hombres han estado instalados en un sistema en el cual vivían y que era verdadero, y era verdadero porque sus vidas los eran. Naturalmente, existe el problema de que, si esas creencias son puestas a prueba intelectualmente, si son examinadas desde el punto de vista de las ideas, puedan resultar menos verdaderas, tal vez falsas o, en todo caso, dudosas; porque las ideas son siempre algo discutible, algo sujeto a examen y, por tanto, las ideas son dudosas por esencia. Pero las creencias no, las creencias son otra cosa. Esta situación se ha dado en épocas en que los hombres han vivido instalados en la verdad, y las vidas han solido ser auténticas y, con bastante frecuencia, felices. Pero, en nuestro tiempo, no es fácil, no es probable, yo creo que esto no se da quizá en ninguna parte.

La segunda forma de relación del hombre con la verdad responde a lo que yo llamo “la pretensión de verdad”. Es ésta una actitud que se da cuando el hombre nota las faltas y las deficiencias, cuando tiene dudas, problemas o dificultades de cualquier tipo, pero, aun así, tiene confianza en que la verdad es posible y accesible: tiene pretensión de verdad. En esta segunda forma, aunque con una instalación menos cómoda, menos tranquila y menos fija, la vida también tiene un coeficiente de verdad bastante alto y es posible la felicidad, ciertamente es una felicidad siempre expuesta a la duda, al conflicto, a las dificultades, pero bastante satisfactoria.

La tercera actitud es la que yo llamaría “vivir al margen de la verdad”, lo cual quiere decir que se vive contando con que hay verdad pero sin una vital necesidad de ella, sin tomarla muy en serio; que se vive dando por buenas las cosas en que más o menos se cree, o que circulan, o que se admiten, pero sin estar seguro y sin ponerlas a prueba, sin tener esa profunda y vital instalación en las creencias. Yo creo que ésta es la actitud más frecuente en el mundo actual; vivir al margen de la verdad es una situación evidentemente mucho menos favorable, más peligrosa, más inquietante.

Y hay una última posición que es muy extraña pero que yo analicé en este ya muy viejo libro, y es la de “vivir contra la verdad”. Parece extraño y parece imposible pero, sin embargo, esto es un hecho: a veces se vive contra la verdad, a veces no sólo no se acepta la verdad, sino que incluso se acepta una tesis contraria a la propia con tal de que sea falsa. Cuando hay un cierto apasionamiento, cuando se dan esas actitudes en que el partidismo se lleva al extremo y, sobre todo, cuando hay fanatismo, la verdad es entonces el gran enemigo y no se la puede admitir; se puede admitir la tesis o la posición contraria, con tal de que sea falsa, se puede discutir con ella o se puede aceptar tácticamente, pero la verdad no. Hay cuestiones sobre las cuales se acepta que se diga algo o que se diga lo contrario, eso circula bien y se puede vivir con ello; pero si alguien intenta decir toda la verdad y decir, por ejemplo, lo que hay en cada lado de una cuestión conflictiva, combatida o dudosa, esto se rechaza con casi total unanimidad. Repito que esto se da en casos de fanatismo, en casos de un partidismo que deforma el sentido mismo de la verdad y, entonces, se considera a la verdad como enemiga. Yo creo que, en el fondo, se trata de miedo a la verdad; hay personas, hay grupos y, a veces, puede haber pueblos enteros que sienten miedo a la verdad. ¿Por qué? Porque la verdad destruye su propia realidad. En definitiva, el que vive contra la verdad suele tener gran descontento de sí mismo, se desprecia, no se estima, y esta situación sumamente grave se disimula, naturalmente, a fuerza de jactancia, de orgullo, de exhibiciones, pero en el fondo late en ella un desprecio de uno mismo, una convicción de que se está en una situación falsa, insegura. La palabra inautenticidad es excelente, es el modo de no ser de la vida humana; las cosas existen o no existen, o se destruyen, y la vida humana es siempre, la vida humana sigue existiendo, sí, pero cuando es inauténtica, es el modo que tiene de no ser, de no ser mientras se es, mientras se sigue siendo.

Creo que esta posición es verdaderamente aterradora y, si se mira bien, es lo más destructor que hay, pero, por fortuna, es relativamente infrecuente, afecta a veces a países enteros, pero por un tiempo breve. Fíjense ustedes que, actualmente, esta situación es, en general, minoritaria en el mundo; me refiero al mundo occidental, que es el mundo que conozco, porque de los otros mundos sé muy poco o nada y no me atrevo a opinar sobre ellos. Entonces, en el mundo occidental, en el mundo en el cual vivimos y que más o menos, con grandes diferencias, entendemos, creo que la situación es minoritaria; aunque no cabe duda de que existen grupos destructores, hay gentes que procuran, evidentemente, que las cosas no marchen bien, que las cosas no se logren, y por eso se dedican justamente a perseguir la verdad donde aparece, por eso hacen un uso metódico de la mentira, que es algo gravísimo, yo creo que es lo más grave que sucede. Si miramos el mundo actual y hacemos un análisis un poco sincero, veremos cómo, en definitiva, la causante de las dificultades que hay y de esas crisis tan profundas es la mentira, el no aceptar la realidad, el tratar de ocultarla, el omitirla o simplemente invertirla, y esto es enormemente grave.

A lo largo de las conferencias de este curso, si ustedes van examinando los problemas y las soluciones que se van a apuntar, estoy seguro de que verán cómo hay un problema de verdad-falsedad, un problema de aceptación de la verdad, de reconocimiento alegre de la realidad; y digo

alegre porque, aunque la realidad sea negativa, penosa o dolorosa, no importa, el reconocimiento de la realidad es siempre bueno, conocer y ver la realidad tal como es, produce alegría, produce entusiasmo, mientras que la mentira es desoladora porque es una pasión negativa —como la envidia, de la que decía Quevedo: “La envidia es amarilla porque muerde y no come”—, porque es justamente la traición a la realidad, a veces invirtiéndola, a veces simplemente omitiéndola, negándola con un silencio que la destruye.

Yo creo que, al empezar el siglo en que ya estamos, lo primero que hay que hacer —por eso empiezo hablando de ello— es mantener la verdad de un modo inexorable, no aceptar ningún movimiento mal hecho, no aceptar la mentira allí donde surja; creo que esto es absolutamente esencial para que este siglo sea un siglo, no digo plenamente venturoso, porque ninguno lo es, pero sí un siglo vividero, interesante, aceptable, del cual quizá se pueda estar incluso orgulloso. Repasando la Historia desde este punto de vista, se ve muy claramente cómo hay desigualdades. Ha habido épocas en las cuales los hombres han vivido más o menos en el ámbito de la verdad, como, por ejemplo, en gran parte de la Edad Media europea; es curioso que de esta época se ha hablado con una especie de mala prensa, se ha hablado del oscurantismo, de las dark ages, pero, si nos ponemos a leer los textos de la Edad Media, resulta que hay muchos que son muy alegres, son felices, están llenos de ganas de vivir, y es que, a pesar de las dificultades tremendas, de la inseguridad personal y económica, de las pestes, de los ataques de pueblos enemigos, es decir, a pesar de que la vida fuera tan insegura, sin embargo, la forma de la vida era segura porque la gente estaba instalada en ella y tenía un sentido claro de lo que era vivir. En cada época hay un coeficiente distinto de la veracidad, y eso tiene mucho que ver con el nivel de la felicidad; a lo largo de la Historia ha habido a veces épocas de una tristeza profunda unida a la prosperidad y, otras veces, ha habido épocas de grandes dificultades llenas de entusiasmo y de ilusión, en las que se ha creído en el porvenir, se ha creído y se ha anticipado el futuro. Ahora que estamos empezando un siglo, creo que sería interesante echar una mirada sobre sus posibilidades, y eso es lo que invitamos a hacer a quienes asistan a este curso.

Pero hay características que son más propias de este siglo, porque este siglo no es como cualquiera, nos encontramos en una época en que hay una super abundancia de técnica. Recuerdo que, hace mucho tiempo, me pidieron hablar en una conferencia sobre la energía nuclear, que estaba tan mal vista por razones muy claras, y yo dije que sería parecido si me hubieran preguntado a fines del siglo XIX si era posible una época sin electricidad; ustedes imaginen, vivimos de electricidad, estamos impregnados de electricidad, no podemos hacer nada sin ella, todo funciona eléctricamente, un mundo no electrificado es absoluta y simplemente incomprensible. He leído estos días unas novelas francesas de tema policíaco cuyo argumento se desarrolla en tiempo de Luis XV de Francia, en 1760 ó 70, y ha sido muy curioso ver la vida cotidiana de esa época, tan distinta: las ciudades y su funcionamiento; los transportes, por supuesto no había coches, como mucho de vez en cuando algún *fiacre*, se iba a caballo, o en mula, o a pie; la iluminación, que había que encender una rama para buscar algo, o buscar una vela para encender en una casa toda oscura en la que, si acaso, se iluminaba una habitación; y el frío que han pasado nuestros antepasados, los grandes humanistas envueltos en sus ropones, tiritando de frío ante sus libros; piensen ustedes en lo que ha significado la fontanería, el agua corriente en las casas frente a los aguadores de toda la historia, y el agua caliente, etc., etc. Hace unos años, me impresionó leer en un periódico americano que un juez había decretado que, entre las cosas que no se pueden embargar —ya saben ustedes que, tradicionalmente, no se pueden embargar la cama, la mesa de comer, los utensilios de cocina y los

platos—, no se podía embargar el aparato de televisión, una técnica complicadísima, una técnica elevadísima y recentísima además, considerada ya como artículo de primera necesidad. Es decir, hace cuatro días no existían muchas cosas que hoy nos parecen absolutamente indispensables, y ahora precisamente, en estos años, ha habido tales avances en la electrónica, no ya en cuanto a descubrir técnicas nuevas, sino sobre todo a su enorme difusión, casi universal, que el mundo está cambiando rapidísima y totalmente —yo personalmente, mucho menos, lo confieso—.

Hasta hace muy poco tiempo los hombres estaban rodeados de cosas y manejaban cosas, lo cual tenía la peligrosa consecuencia de que las mentes estaban también llenas de cosas y no se pensaba casi más que en cosas; pero ahora no son siquiera cosas, porque el hombre está rodeado de signos, de esas realidades que se llaman virtuales —palabra que nadie sabe muy bien qué quiere decir—, y entonces se habla, se dialoga, se va, se viene, se compra, se vende, se conspira... todo se hace con ordenadores y con todo tipo de aparatos modernísimos, recién inventados. Yo no lo sé, pero se dice que, por lo visto, en algunos tiempos prehistóricos, el hombre tenía rabo y luego lo perdió, pues ahora hay otra mutación, y es que al hombre actual le ha salido delante una pantallita verdosa, algo que es enteramente nuevo y que a mí me produce cierto azoramiento. Esto quiere decir que las cosas están siendo sustituidas por espectros de ellas mismas, por signos que son los que condicionan enormemente nuestra vida, y esto es lo que vamos a tener que afrontar porque es imparabile; aunque yo me resisto en todo lo posible —entre otras cosas porque soy muy viejo— y creo que leer es sentarse en una butaca con un libro en la mano e ir pasando las páginas. Ya casi nadie lee así, casi siempre se lee en una pantalla, se lee con unos aparatos maravillosos en los cuales en un disquet hay una enciclopedia entera que puede tener incluso las músicas de los grandes compositores. Todo eso es maravilloso y yo lo admiro, pero simplemente me pregunto cómo va a ser la vida, cómo está siendo ya la vida en esas condiciones y, desde el punto de vista de la verdad, surge una cuestión: ¿qué pasa con la verdad cuando las cosas no son de verdad? Antes, las cosas eran de verdad, buenas o malas, valiosas o humildes, o lamentables incluso, pero eran de verdad, eran reales, y ahora, casi nada lo es; los niños actuales están naciendo y se están desarrollando en un mundo que no se parece mucho al mundo en que todos los que estamos aquí hemos nacido y nos hemos formado y, naturalmente, el trato con la realidad es forzosamente muy distinto.

Antes, el apoyo y la piedra de toque eran justamente las cosas, se podía comprobar cómo eran, qué eran, cómo se comportaban. El primer gran descubrimiento de la filosofía fue el de Parménides, que descubrió la consistencia; nosotros usamos el verbo “consistir” acompañado de una precisión, y decimos que algo “consiste en” algo, pero Parménides se quedó en el plano primero: las cosas consisten, las cosas tienen consistencia, las cosas son algo, y esto lo llevó al eleatismo, a la inmovilidad, a la creencia de que la realidad elude el cambio; por otra parte, apareció la necesidad de cambio, la evidencia del cambio, y toda la historia del pensamiento griego primitivo es justamente una lucha entre las dos cosas: por un lado, el ente parmeneo, inmóvil, quieto, como una bola, y, por otro lado, el río de Heráclito en el cual no se puede uno bañar dos veces porque está cambiando constantemente. Y ése ha sido el drama y el argumento de la filosofía griega en sus primeros tiempos, pero lo que está ahora en quiebra, en duda, es precisamente la consistencia. Si, por ejemplo, todo fuera como una llama, que no tiene forma porque está cambiando constantemente, si toda la realidad fuera así, cambiante y sin consistencia, no sabríamos cómo comportarnos, no sabríamos qué hacer con la realidad; pues bien, algo muy parecido a esto se está produciendo ahora en ese mundo de la última técnica complicadísima, refinada, enormemente valiosa, utilísima en muchos sentidos, que permite cosas tan extraordinarias como que se haga una operación quirúrgica desde otro

continente con una especie de homúnculo —aunque no es un homúnculo siquiera— que ejecuta las operaciones a miles de kilómetros de distancia. Hay, por tanto, una crisis de la realidad que lleva a una crisis del trato del hombre con ella.

Quizá ustedes piensen que no hay tanta diferencia, que a última hora la gente viene a hacer las cosas más o menos como siempre, pero yo creo que el problema está en que se está produciendo una muy radical y muy profunda desorientación; la verdad consiste fundamentalmente en saber a qué atenerse, no en saber, no en conocer. Precisamente el hombre que ha vivido en un sistema de creencias, ha sabido muy pocas cosas, pero sí ha sabido a qué atenerse, qué era la vida, qué es lo que se podía esperar, en qué consistía, cuáles eran las operaciones vitales fundamentales. La desorientación es algo gravísimo de lo cual se sale mediante la verdad, mediante la indagación de la verdad. La palabra “verdad”, en su origen griego, *aletheia*, es el descubrimiento, la desvelación, la patencia, el que las cosas sean visibles, sean patentes; cuando las cosas se muestran, cuando se descubren, entonces se está en la verdad (esto aparece en un texto de Ortega del año 14 y en otro texto de Heidegger del año 27, y yo me pregunté, cuando escribía un libro grueso sobre Ortega, de dónde le venía, porque ninguno de los dos dice dónde lo habían encontrado; me dediqué a buscar y pensé que esto tenía que haber aparecido en algún filósofo alemán del siglo XIX que tuviera grandes conocimientos de la cultura griega; pensé entonces en Nietzsche, pero lo busqué y no encontré nada; finalmente lo encontré y, en una conferencia en Alemania, expliqué por qué se había llegado a esta idea de la *aletheia*, del descubrimiento, de la patencia, del desvelar la realidad).

Yo creo que, en este siglo que está empezando, el programa de la vida profunda, de la vida humana, tendría que ser una enérgica afirmación de la necesidad de la verdad. El hombre tiene que conseguir la verdad y extraerla de la situación en la cual se encuentra, porque ésta es también verdadera, aunque las cosas no sean cosas, aunque las cosas de la técnica actual sean fantasmas, sean virtuales, sean irrealidades, la irrealidad es una forma de realidad que es menester descubrir en qué consiste y cómo es, para lo cual, naturalmente, hace falta una enorme vigilancia, una inexorabilidad respecto de la verdad, una total resistencia a aceptar la falsedad en cualquier forma. Si esto se hace, podremos superar las dificultades del siglo que está empezando y podremos tener una vida decente; la palabra “decente” es una palabra poco usada que conviene recordar —a mí me interesa mucho qué palabras no se usan, o qué palabras se han usado a veces durante siglos y ahora se usan muy poco—, y yo digo que la vida humana puede ser brillante, puede ser gloriosa, puede ser creadora, puede ser genial o puede ser modestísima, pero lo que hay que procurar es que sea decente o, si quieren ustedes, presentable, una vida de la cual no tenga uno por qué avergonzarse y que se pueda simplemente presentar con la última modestia, es decir, una vida auténtica, una vida verdadera.

Pues bien, es una vida verdadera lo que hay que buscar en esta situación nueva, en esta situación que se puede decir que es gloriosamente nueva porque las conquistas de este tiempo último son asombrosas y son, además, salvadoras; no hay más que pensar, por ejemplo, en lo que ha avanzado la medicina o, concretamente, la cirugía, que permite hacer cosas extraordinarias. El problema está en aplicarlo a la vida inmediata, a la vida de cada día, a la vida que es nuestra, porque lo fundamental es que podamos decir de nuestra vida que es nuestra. Que la vida mía es mía, que es mi vida y no otra cosa, y esto es lo que empieza a ser difícil. La vida de los hombres actuales empieza ya, en un grado muy alto, a no ser suya, a ser lo que se dice, lo que se juzga, lo que se piensa, lo que se mueve..., y entonces hay como una especie de desamortización de la vida, una especie de

descapitalización de lo que es la vida propia. No olviden ustedes que la palabra griega *ousia*, sustancia, quería decir, sobre todo, la fortuna, el haber; por ejemplo, la *ousia* de alguien podía ser el trozo de tierra y el par de vacas que tuviera, lo que le era propio, aquello de que podía disponer. Ésa, precisamente, es la idea de sustancia y, por eso, si esto se pierde, la vida se convierte en algo insustancial, lo cual es enormemente peligroso, pues se pierde el carácter más propio de la vida: que mi vida sea mía, que sea una vida rigurosamente personal. Por tanto, la verdad está ligada a la realidad de las cosas y a la realidad de mi propia vida, a la realidad de mi persona; yo no soy un qué, sino un quién, un quién corporal, por supuesto, pero que no se reduce ni poco ni mucho a mi cuerpo, ni a mi psique, ni a ninguna de estas cosas, sino que soy yo quien soy con las cosas.

Como ven ustedes, hay un horizonte, en cierto modo, promisorio y, en cierto modo, aterrador; es decir, podemos entrar en el siglo en que ya estamos con buen pie o en una profunda desorientación. Creo que la verdad es algo capital, porque, además, hay un problema muy delicado, y es que yo tengo sospechas de que Europa empezó a entrar hace 40 años más o menos en una primera decadencia. Decadencias ha habido muchas, algunas han durado unos años y otras han durado siglos, por ejemplo, después de la caída del Imperio Romano, hubo por lo menos cuatro siglos de decadencia. Se entra en las decadencias, pero ¿cómo se sale de ellas? Yo creo que una de las vías de salida, de superación de las posibles crisis, es justamente la implacabilidad de la verdad, la búsqueda de la verdad y la afirmación de ella sin descanso, sin cesiones, sin abandonos.

Si ustedes han visto el programa de este curso, verán que la conferencia con la cual, si Dios me da vida y un poco de voz, podré terminar trata de la libertad. La conexión entre la verdad y la libertad es muy estrecha; el Evangelio dice: “La verdad os hará libres”, y es una de las verdades mayores y más profundas que se han dicho, porque la verdad nos hace libres y la mentira nos esclaviza, no ya el error, que es patrimonio del hombre y en el que vivimos todos más o menos, en diferentes dosis, pero la mentira es el error voluntario, deliberado, destructor, corrosivo; si se abandona la verdad, no se consigue la libertad.

Decía antes que, si se hace un balance general de la Historia, se ve que ha habido altibajos, que ha habido épocas en que la verdad ha tenido una situación satisfactoria, en que la felicidad ha sido frecuente, posible en alguna medida; digo lo mismo de la libertad. La libertad ha sido radicalmente desigual, ha habido épocas en que se ha gozado de libertad altísima otras épocas en que se ha gozado de una falta total de ella. En el mundo que nos rodea, en el mundo que nos es próximo, hay situaciones en las cuales casi no se puede vivir, no se puede hablar, la gente no tiene ese maravilloso concepto que en español se llama *holgura*, es decir, poder hacer las cosas, poder vivir con espontaneidad, poder decir lo que se piensa y poder pensar; hay zonas de la realidad en las cuales esto no es posible y resultan asfixiantes. Esta situación puede ser algo acotado, limitado o superable, pero puede no serlo, puede extenderse, puede ampliarse, puede envolver países enteros e, incluso, podría ocurrir que envolviese a la humanidad entera. Éste es el gran peligro, porque, entonces, lo que está en juego es la condición misma de la vida humana: la libertad. La vida humana consiste justamente en la libertad de cada uno, porque mi vida no está hecha, sino que yo tengo que hacerla, tengo que elegirla, tengo que decidirla y, para poder hacerlo, necesito conocer la verdad de las cosas, la verdad mía, la verdad de mis proyectos, ¿qué es lo que verdaderamente quiero?, ¿qué es lo que verdaderamente pretendo?, ¿qué es lo que me puede satisfacer o incluso hacer feliz? Si esto se oscurece, si —para decirlo en pocas palabras— el hombre olvida que es persona y no cosa, y no vive como tal, entonces carece de la verdad de las cosas y de la libertad que es necesaria para vivir.